



Desde El Telar de Música queremos compartir las reflexiones de uno de nuestros pedagogos de cabecera, Phillipe Meirieu, compartiendo este resumen de un capítulo de su libro *Pedagogia, el deure de resistir*, publicado en Barcelona por Rosa Sensat (2009).

### **RECONSTRUIR LA AUTORIDAD, según Phillipe Meirieu:**

Lo que se denomina habitualmente “crisis de autoridad” es, en realidad, una “crisis de futuro” (Revault d’Allones, 2006): ya no podemos conseguimos que nos obedezcan porque no sabemos en nombre de qué exigir la obediencia.

Todo ser humano, en ser educado, renuncia a la omnipotencia infantil para asumir la frustración que forma parte de nuestro crecimiento en todo lo humano que hay en nosotros. Esta renuncia sólo se produce cuando alguien, ante nosotros, encarna una promesa que nos da fuerza para crecer. Pero una sociedad adulta infantilizada es la causa de que esta promesa no funcione. En consecuencia, las autoridades tradicionales (familia, escuela...) encuentran grandes dificultades a la hora de “hacerse obedecer”, mientras que emergen otras formas de autoridad: las “autoridades por influencia”.

En esta situación, la juventud no discute la autoridad de los adultos: la ignora, a la vez que se somete voluntariamente a formas de autoridad mucho más dura, a “flautistas” más poderosos y tiránicos (jefes de banda, líderes de secta, “vedettes” de televisión, “clérigos” de todo tipo que tienen a niños y adolescentes bajo su influencia).

El educador, paradójicamente, tiene que ayudar a reconstruir una autoridad que es legítima porque es cuestionable, y es cuestionable porque es legítima. Sin una reflexión en profundidad sobre lo que podría ser una autoridad emancipadora, nos dejaremos ahogar completamente por formas alienantes de autoridad.

Según esta idea, la modernidad no se caracterizaría por una “crisis de autoridad”, sino por un aumento extraordinario de los fenómenos de influencia. Entonces, la cuestión no sería “restaurar la autoridad”, sino al contrario, ayudar a los jóvenes a discutirla y a hacerlo desde la incorporación de una herencia para superarla.

En un mundo en el que todo va tan deprisa y en el que se hace acto de fidelidad sólo hacia el presente, la edad y la experiencia ya no tienen valor y devienen, a ojos de niños y jóvenes, más bien hándicaps. Los conocimientos de los profesores se discuten en nombre de otras fuentes de información (internet, stars de la televisión, discursos religiosos y sectarios...).

El conflicto generacional se sustituye por un conflicto entre comunidades. El bien común ya no aparece como herencia de los representantes de un estado de



derecho (que son vistos como defensores de sus propios intereses). Jóvenes electores de 20 a 30 años no ejercen su derecho a voto, quedando exonerados, en cierto modo, de la obediencia de las leyes sometidas a votación.

Las características de las “autoridades-influencia” son radicalmente distintas de las propias de las autoridades tradicionales, incluyendo las religiosas. Funcionan bajo la premisa que la obediencia es siempre obligación de imitación del líder, mientras que en la autoridad tradicional, padres y madres, profesores y representantes del Estado imponen a los “menores” comportamientos diferentes a los suyos. Las nuevas formas de autoridad-influencia nos colocan ante una nueva forma de comunidades “irreligiosas” que niegan cualquier legitimidad a la cuestión del fin e instalan al grupo en el “presente absoluto”. Sus reglas de oro son el mimetismo y la inmediatez. Todo lo contrario de lo que permite a la persona “hacer sociedad” y proyectarse en el futuro.

Si nos preguntamos porque los jóvenes se sienten atraídos por estas autoridades-influencia y se someten a ellas, en primer lugar encontramos la salida de la soledad (en la “aldea planetaria”, los jóvenes se sienten “acogidos” por el grupo y seguros). Y por otro lado, encuentran una identidad. Ante un universo de adultos en el que las referencias han explotado y en el que los medios tradicionales para asentarse parecen inaccesibles (la promoción social a través de la escuela y el trabajo, especialmente), la identificación con el grupo les permite “ser alguien”.

¿Cuál es el peligro? El comunitarismo en su forma más rígida. La sociedad, en tanto que asociación de personas capaces de dotarse de principios comunes, capaces de definir un “interés colectivo” está en peligro de extinción o de explosión.

En estas condiciones, el papel de la educación debería ser el de contribuir a que cada persona sea capaz de “pensar por si misma” y capaz de “asociarse con otros”. La capacidad de cuestionar la autoridad y la de hacerse cargo de una tarea común, con otros, a pesar de las diferencias, es el camino para acceder al “colectivo” en lugar del “comunitarismo”.

(Os recomendamos la lectura de todo el texto de Meirieu –podéis encontrarlo en <http://rosasensat.org/editorial/ca/colleccions/?colleccio=Referents&view=239->)